

Variaciones en la fama de Tocqueville

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. LUIS DíEZ DEL CORRAL (*)

De todo el siglo XIX Alexis de Tocqueville fue, seguramente, el autor que con mayor aplauso, y siendo todavía joven, irrumpió en la escena del liberalismo francés. Royer-Collard —«un gran juez, como sabéis, el primero sin duda alguna de todos los que existen hoy en día en Francia», según escribía Tocqueville a Stuart Mill (1)—, declaró en 1835 al joven de treinta años, que acababa de publicar *La democracia en América*, un Montesquieu decimonono. Otras notables personalidades francesas se confundieron en los elogios y en la protección del nuevo autor, Chateaubriand, Villemain, Sainte-Beuve, Molé, Remusat, etc., abriéndole las puertas de salones intelectuales y academias. Hombres destacados de Inglaterra y Estados Unidos no se quedaron a la zaga en el reconocimiento de los méritos del libro.

Menor fue el éxito en Francia de la segunda parte de la Democracia, pero en Inglaterra resultó muy completo, pues no sólo lo acogieron con beneplácito exigentes pensadores radicales sino también los conservadores gracias a los elogios de Sir Robert Peel, de suerte que, según escribe John Stuart Mill (2), «el público inglés conoce y lee el primer libro filosófico escrito sobre la democracia tal como se manifiesta en la sociedad moderna, un libro cuyas doctrinas esenciales no es probable que sean sustituidas por futuras especulaciones, cualquiera que sea el grado en que las modifiquen, mientras que su espíritu y el modo general con que se tratan los temas constituyen el comienzo de una era en el estudio científico de la política». Mas, pese a la calidad de tales elogios, el mayor éxito tanto de crítica como de público, lo consiguió Tocqueville con su última obra *El Antiguo Régimen y la Revolución*, publicada en 1856, tres años antes de morir.

(*) Sesión del día 2 de junio de 1987.

(1) Carta de TOCQUEVILLE a MILL de 18 de marzo de 1841 (O.C.M., VI, 1.º, pág. 334).

(2) JOHN STUART MILL, «De Tocqueville on Democracy in America (I)», en *Essays on Politics and Society*, University of Toronto Press, pág. 156.

El fallecimiento prematuro del autor cortó una vida en fecunda producción intelectual. Consciente de la valía del miembro que perdía, la Academia francesa, para que el elogio necrológico de Tocqueville en el seno de la Compañía tuviese el debido lustre, contradiciendo un hábito mantenido desde su fundación, eligió por primera vez académico a un hombre del clero regular, al célebre orador que fue el P. Lacordaire. Cerrando el acto Guizot, como director de la Academia, recordaría, más que la *Democracia*, el *Antiguo Régimen y la Revolución*, así como la última correspondencia de Tocqueville que Beaumont acaba de publicar, para llegar a la conclusión de que «jamás había juzgado tan bien Tocqueville la naturaleza del hombre y de las sociedades humanas, ni tan dignamente hablado de ellas como en el momento en que sus ojos se cierran y su voz se extingue».

Un publicista señalado, Edouard Laboulaye, discípulo a la par, de Benjamín Constant y de Tocqueville, en su libro *L'état et ses limites* (3) continuaría desarrollando las ideas de Tocqueville, y por su parte M. Prevost-Paradol se mostraría cercano a las tesis de nuestro autor, proclamando su perdurabilidad (4). «No sólo ha expresado sus pensamientos en una forma acabada y brillante que asegura en todo tiempo la duración de una obra literaria, aunque el contenido haya perdido su interés para la posteridad, sino que además todos los pensamientos de Tocqueville han tenido por objeto y por centro la cuestión más grande y el interés más acuciante que se puede imaginar para nuestra generación y para las que la seguirán. ¿Cómo va a perecer el recuerdo de su existencia si Tocqueville ha pasado la suya, toda entera, interrogándose con ansiedad sobre nuestro porvenir?» Pero el recuerdo de Tocqueville fue olvidándose con bastante rapidez. Todavía en el período liberal del II Imperio Tocqueville y Constant siguen luciendo como pensadores liberales; pero pronto el escenario político que había conocido sus éxitos cambiaría de manera decisiva.

Pasado el coletazo revolucionario de la *Commune*, el recuerdo de la Revolución francesa, obsesivo para Tocqueville y tantas gentes de su generación, se aleja. Asuntos más cercanos y perentorios acuciaban a los franceses: asumir realistamente la nueva confrontación con un mundo germánico unificado, llevar adelante el desarrollo económico y, ante todo, establecer un sólido régimen político, que se resistía a definirse e identificarse consigo mismo. A veces en las largas y aburridas sesiones de las comisiones que vagamente debatían sobre las instituciones que debían componer el nuevo régimen político, se daba lectura a textos de Montesquieu y Tocqueville. La Constitución de 1875 significará una vuelta ya definitiva al régimen liberal, y con la vuelta, a medida que iba afianzándose, se produciría el progresivo olvido de las grandes figuras que lo habían analizado, defendido y, en buena medida, puesto en práctica durante la Restauración y la Monarquía de julio.

(3) París, Charpentier, 1863. «Alexis de Tocqueville», págs. 138-201.

(4) M. PREVOST-PARADOL, «De Tocqueville», en *Nouveaux Essais de Politique et de Litteratura*. París, Michel Levy Frères, 1862, pág. 80.

Seguramente Inglaterra fue el país en que más se mantuvo viva la autoridad de Tocqueville. Cuando los debates en torno al *Reform Bill* alcanzaron su apogeo en 1866-67, Tocqueville fue el autor extranjero más invocado en ambas Cámaras, suministrando argumentos tanto a favor y en contra del *Bill* liberal de 1866 como del conservador del año siguiente. Sobre una determinada cuestión, durante dos noches sucesivas, cuatro discursos basados en ideas de Tocqueville dividieron igualmente a partidarios y opositores, y todavía en 1868 y 1893 el nombre de Tocqueville fue invocado en el Parlamento de Londres con motivo de la reforma de la Administración local. Pero la expectativa de una democracia triunfante tras los tormentosos debates de la *Reform Bill* dejó de levantar terrores y entusiasmos. «El pensador francés —escribe S. Drescher (5)—, que había conmovido a sus contemporáneos ingleses por la seriedad con que analizaba la turbulenta democracia americana, parecía demasiado solemne a una audiencia que olvidaba o comentaba con sonrisas los temores de sus padres». No parece tener la democracia una fuerza moral y política tan poderosa como anunciaba Tocqueville; en muchos aspectos la igualdad social y económica parecía menos amenazadora que durante los años treinta. James Bryce vendría a tipificar el temple del liberalismo inglés de finales de la centuria cuando escribió, en su *American Commonwealth* (6), que Tocqueville, «singularizado tanto tiempo por su serena apreciación de los méritos y deficiencias de la era democrática, había sido en realidad demasiado emotivo en la estimación de las consecuencias».

Los estudios sobre Tocqueville, publicados a partir del penúltimo decenio del siglo anterior hasta el segundo tercio del nuestro, se cuentan con los dedos de la mano. Tras la décimo séptima edición, de 1886, no aparece en Francia una nueva edición hasta la de las «Obras completas», de Tocqueville, que vio la luz en 1951. También en los Estados Unidos, donde tan buena acogida se había dado al libro que estudiaba su democracia, con el cambio de siglo dejó de imprimirse y de ser objeto de verdadera atención. *Out of print, out of mind* —escribe el sociólogo Robert Nisbet. El mismo Nisbet confiesa que durante los siete años que duraron sus estudios en la Universidad de Berkeley por la década de los treinta, nunca había oído el nombre de Tocqueville. Tampoco, según cuenta, oyó el nombre de Tocqueville Raymond Aron en las aulas de la Sorbona o de la Escuela Normal Superior durante la década de los veinte.

Y en España, país a cuyo idioma había sido traducida la *Democracia I* más veces que a ningún otro idioma salvo el inglés, el autor de *La rebelión de las masas* (1930) no hizo referencia a Tocqueville en sus páginas, como es seguro que lo habría hecho, de haberlo conocido. Pese a lo mucho que sabía José Ortega y Gasset de literatos, filósofos y teóricos de la política francesa de la primera mitad del XIX, y pese a su admiración por los *doctrinaires*, el pensador español no se dio cuenta de la importancia de Tocqueville hasta la década de los cuarenta, cuando publica con máximo entusiasmo intelectual unas apre-

(5) SEYMOUR DRESCHER, *Tocqueville and England*, Harvard University Press, 1964, pág. 220.

(6) London, 1888, I, pág. 5.

tadas páginas destinadas a prologar la edición de las obras de Tocqueville al español. En definitiva, casi todos los estudiosos de Tocqueville nacidos a fines del siglo anterior o comienzos del actual dan la impresión de haberse topado de bruces e inesperadamente con el gran pensador.

No fue Tocqueville el único de los grandes autores liberales franceses del siglo XIX que padeció un eclipse casi total. Los principales escritos políticos de Guizot fueron publicados durante la Restauración y pese al éxito alcanzado no tuvieron reedición ulterior. Es el caso de los libros *Des moyens de gouvernement et d'opposition dans l'état actuel de la France* (1820) y *Du gouvernement de la France depuis la Restauration et du ministère actuel* (1821). *De la Démocratie en France*, publicado en 1849, nunca ha sido tampoco reeditado. Sólo algunos folletos y artículos fueron recogidos en un volumen de *Mélanges politiques et historiques*, de 1869, vuelto a publicar en 1885. Después Guizot cayó en un olvido editorial absoluto hasta nuestros días, salvo en lo relativo a sus grandes libros de historia (7).

La cosa se explica en parte por el carácter circunstancial y operativo de sus escritos políticos, pues Guizot no fue un filósofo político en el sentido de Montesquieu o Rousseau, o del mismo Tocqueville. Nunca publicó una obra sobre política; son las cuestiones de tecnología política las que le movilizan. Su objetivo es fundar el *gobierno* constitucional dando de lado al Antiguo Régimen, pero no pensar en sí mismas las relaciones del poder y de la libertad. Su empresa está más cerca de los hombres de acción que de los filósofos; es la *eficacia* de un sistema de regulación lo que prioritariamente le interesa. Pero a pesar de ello resulta profundamente escandaloso el completo silencio en que se vio envuelto durante más de una centuria uno de los hombres más eminentes de Francia en el siglo XIX por sus múltiples saberes y su capacidad fundacional, su ingente obra historiográfica, su larga actuación como gobernante, etc. (8).

Si de Guizot pasamos a Royer-Collard, descubrimos que, salvo algún reducido caso aislado, están pendientes de edición sus artículos y discursos, algunos de los cuales conmovió al edificio entero de la Restauración, habiendo llegado a editarse en centenares de miles de ejemplares. *Les considérations sur la Revolution française* (1818), de Mme. de Stael, libro que jugó un papel decisivo en el desarrollo de la oposición liberal, no ha sido reeditado desde la décimo novena edición de 1862, y a parecida suerte se ha visto some-

(7) Estos datos sobre ediciones, así como los que figuran a continuación de otros autores están tomados del Anexo II «Notes sur le destin éditoriale de Guizot et des quelques publicistes et historiens de la première moitié du XIX siècle», en Pierre Rosanvallon *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985, págs. 399-402.

(8) En buena medida tal silencio se debe a la culpabilidad que se le atribuía por el fracaso del régimen orleanista y su imprevisión frente a la Revolución del 48, y también a una especie de frialdad antipática que procede del mismo carácter de Guizot, de su formación intelectual y religiosa. Educado en Ginebra, permaneció toda su vida «al borde» (*à la lisière*) de la sociedad francesa, insensible a sus vibraciones y a sus pasiones, no habiendo logrado jamás su excepcional inteligencia y su cultura penetrar en lo que estaba más allá del orden de los conceptos (P. ROSANVALLON, *ob. cit.*, pág. 29).

tida la obra de Benjamín Constant (9). Ha sido necesario esperar a la edición de La Pléiade para que el público tuviera franco acceso a sus textos políticos publicados más importantes, y hasta 1980 ha permanecido inédito el manuscrito de la obra principal del autor suizo, *Les Principes de politique*, de la que se desprendieron la mayor parte de los trabajos que vieron la luz en vida del autor (10). En seguida, cuando a Chateaubriand, autor de importantes folletos políticos, a veces de subido tono liberal, la tendencia a la amnesia se ha visto favorecida por las sombras que arrojaban sus grandes producciones literarias (11), habiéndose limitado a recoger la reciente edición de sus obras en La Pléiade uno tan sólo de sus folletos y libros políticos, el *Essai sur les révolutions*, de 1797, de limitado interés.

De todos los pensadores liberales olvidados, quien menos se merecía el olvido era, sin duda, Tocqueville por la calidad de su pensamiento y su antidogmatismo, pues sus consideraciones sobre la libertad habían sido desarrolladas a la par que las dedicadas a la igualdad y la democracia, problematizando el desarrollo del pensamiento liberal. El olvido de Tocqueville en su país durante el primer cuarto de nuestro siglo había llegado a ser verdaderamente escandaloso. El primer libro dedicado al rescate de nuestro autor, con su primera biografía detallada, que publica Antoine Redier en 1925, se titula *Comme disait M. de Tocqueville...*, frase que se pronunciaba en la *Comédie française* o en el Parlamento —en tono de broma o con gran seriedad, respectivamente—, como si nuestro autor se hubiese convertido en un lejano sabio de Grecia, del que sólo conocemos alguna sentencia y su legendaria autoridad (12). El libro de Redier, escrito sobre la base del archivo familiar, dio una imagen viva y atractiva de Tocqueville, problematizando sus pensamientos desde una perspectiva un tanto contradictoria.

(9) *Recueils* de los textos más importantes de CONSTANT fueron editados varias veces durante el siglo XIX bajo el título de *Cours de politique constitutionnelle ou collection des ouvrages sur le gouvernement représentatif*, por BENJAMÍN CONSTANT. La primera edición fue hecha por el mismo autor en 1818-1820; la última, completamente rehecha por E. LABOULAYE, se publicó en 1872.

(10) Les «Principes de politique», de BENJAMÍN CONSTANT. *La genèse d'une oeuvre et l'évolution de la pensée de leur auteur (1789-1806)*, por ETIENNE HOFMAN, genese, Librairie Droz, S. A., 1980.

(11) *La Monarchie selon la Charte* (1816), *De Bonaparte et des Bourbons* (1814) y sus artículos del "Conservateur" no fueron incluidos en sus *Oeuvres complètes* hasta su última reedición en 24 volúmenes de 1864-68. Nunca han sido puestos tales escritos a disposición del lector después de esa fecha, con excepción del breve panfleto *De Bonaparte et des Bourbons*. (París, Pauvert, 1966, y Librairie française, 1979).

(12) «Cuando la pequeña subprefecta de *El mundo donde uno se aburre* —escribió Redier en el prefacio de su libro—, a quien el marido ha recomendado expresarse con gravedad, declara: «Lo que el vulgo llama tiempo perdido es muy frecuentemente tiempo ganado, como ha dicho el Sr. de Tocqueville», el público de la *Comédie Française* está contento y lo hace notar con sus sonrisas». «Cuando en el Parlamento los «señores bien» dicen con voz de bajo: «La democracia es un hecho providencial, como decía Alexis de Tocqueville», el público de las tribunas no ríe, pero hace mal». «He querido saber quién era este solemne y divertido Sr. de Tocqueville...» (Antoine Redier, *Comme disait Mr. de Tocqueville...*, París, Perrin, 1925, pág. 5).

Es obligado recordar la tesis doctoral bien documentada e interesante publicada en 1910 por R. PIERRE MARCEL, *Essai politique sur Alexis de Tocqueville. (Le liberal-Le démocrate-L'homme publique)*. París, Alcan, 1910.

Pero el eclipse de Tocqueville tardaría todavía en desaparecer. La crisis del régimen parlamentario, la «rebelión de las masas» en el sentido orteguiano y en otros, la aparición de formas violentas de democracia, el tenso clima precursor de la II Guerra Mundial hicieron que, coincidiendo casi con sus comienzos, las páginas olvidadas de Tocqueville volvieran a hacerse no sólo atractivas sino perentorias. *Tocqueville, profeta de una sociedad de masas* es el título de uno de los libros que más llamó la atención sobre nuestro autor, publicado el año de 1939 por P. Mayer, quien pocos años después daría comienzo a la edición definitiva de las *Oeuvres, papiers et correspondances d'Alexis de Tocqueville*, emprendida por la Editorial Gallimard, de París. Resulta significativo que la Introducción a la nueva edición de *La democracia en América* fuese realizada por J. Las-ki, profesor y presidente del Partido Laborista, quien ya había dado acogida a Tocqueville, señalando su positiva concepción del Estado, en su libro *The Rise of european Liberalism. An Essay in Interpretation* (1936).

Mientras tanto al otro lado del Atlántico se investigaba muy seriamente sobre aquellos dos jóvenes franceses que habían visitado el país un siglo antes, precisando las rutas que habían recorrido y qué personajes y gentes habían visto, cómo los habían interrogado y cómo habían ido surgiendo en sus mentes las ideas que quedarían plasmadas en el mejor libro escrito durante el siglo XIX por un extranjero sobre los Estados Unidos. Mejor no sólo por la manera de dar a conocer país tan singular, sino también por el modo de deducir del mismo postulados con pretensiones de validez universal en el campo de la vida social y política. En 1938 vio la luz la monumental obra de George Wilson Pierson, *Tocqueville and Beaumont in America* (13), que abriría camino a tantos libros como hoy componen la cuantiosísima bibliografía sobre Tocqueville.

El libro de Pierson resultaría difícil de igualar, y pese a los años transcurridos se yergue todavía como faro señero ante los estudiosos de Tocqueville. No sólo aborda el análisis del período más decisivo en la vida de nuestro autor, sino que lo hace con todos los requisitos de la más rigurosa *scholarship* y con no escasas virtudes de un auténtico sentido humanista que resplandecen sobre la figura del biografiado. Al final de su libro escribe Pierson: «Sí, Tocqueville escribió bien y *on the mind of the world* ha dejado una huella duradera. No debe ser recordado por su desdén, ni por su sobresaliente personalidad, sino porque fue modesto, porque fue sabio, porque intentó ser en la medida que le fue permitida por su frágil y torturada naturaleza, tan justo como Aristides». «Llevó a cabo su tarea con un aire de hombre a medio despertar, marchando a la luz insuficiente de la primera aurora, pero marchó de frente.»

(13) GEORGE WILSON PIERSON, *Tocqueville and Beaumont in America*, Oxford University Press, New York, 1938.